

XLII.

La aleopatía y el amor desgraciado.

Habían pasado ya dos meses desde el día en que tuvo lugar el desagradable lance que hirió á Mauricio en medio del corazón.

El pintor estaba triste, y su lápiz y su pincel ociosos.

Profundos círculos negros rodeaban los hermosos ojos de nuestro héroe; sus mejillas habían adquirido un color pálido y trasparente, y se habían ahuecado como las de los viejos á quienes faltan las muelas.

Su estado era alarmante, y don Márcos, á pesar de su indiferencia de comerciante entregado exclusivamente á los negocios, no dejó de notar la decadencia de salud y de humor de su protegido.

—Tú estás malo, muchacho—le dijo un día.

—Nó, señor—contestó Mauricio con amarga sonrisa.

—Me han dicho que comes poco.

—Nunca he tenido grande apetito.

—Que no duermes.

—Tal vez por el calor.

—Ya no pintas con tanto afán como ántes; ni siquiera has retratado al licenciado que ha venido á vivir enfrente, que tiene la cara tan grotesca y de quien se dice que es muy afecto á lo del prójimo, cosa nada extraña en los picapleitos.

—Me ha dicho mi maestro que no haga caricaturas—replicó Mauricio, cuyo acento revelaba la mas honda tristeza.

—No hay mus, chico, tú estás malo; ya ves que me hablas como si estuvieras durmiendo. A ver la lengua.

Mauricio complació á su protector.

—Toma! no lo decia yo! Sucia como una corteza de queso de la Barca. Es preciso purgarte.

Mauricio no pudo ménos de sonreirse con aire de duda.

—No te rias, hombre, no te rias. Verás mañana como despues de haberte tomado una onza de sulfato, te encuentras otro y me das las gracias. ¿Le tomarás, no es cierto?

—Pero si no estoy malo.

—¡Bonito caprichudo que eres! cuando yo te digo....

Mauricio condescendió, y al día siguiente tomó la medicina que el buen don Márcos le había recetado.

Por supuesto que los síntomas que habían alarmado al señor Olavarria no desaparecieron.

La enfermedad avanzaba.

Don Márcos se afligia extraordinariamente.

—Veremos á un médico—le decia á Mauricio.

—Pero si le aseguro á usted que nada me duele.

—Eso es lo que me alarma, hombre; si algo te doliera te pondríamos un cáustico en la parte adolorida y *pax christi*.

Como se vé, don Márcos, en su calidad de médico improvisado, avanzaba mucho en la aplicacion de remedios heróicos.

Mauricio no pudo convencerle de que su enfermedad no era de las que se curan con las drogas de la botica.

Las gentes que nunca han sufrido esos dolores morales supremos, reservados solamente para ciertas almas como en compensacion de su superioridad, no aciertan á comprender que la salud se desmejore, y el físico del individuo se destruya, si no es por causas enteramente materiales.

Si alguno le hubiera ido á decir á don Márcos que la enfermedad de Mauricio era amor desgraciado, se habria encogido de hombros á estar de buen humor, ó le habria arrimado un reves al insolente que se iba á burlar de él, si por desgracia hubiera salido en aquel dia pasada una barrica de chilitos en vinagre poniendo naturalmente de mal humor al ilustre tendero.

Su solicitud por Mauricio tenia algo de paternal, su rusticidad era una especie de capa exterior bajo la cual se ocultaba un noble corazon, y el estado que guardaba su protegido le alarmaba cada vez mas. Por consiguiente, á pesar de la repugnancia y de las protestas de Mauricio, envió por un doctor paisano suyo, y entró con él á la habitacion del pintor.

—Aquí te traigo la salud, muchacho—dijo al entrar á Mauricio, que sentado frente á una mesa en la que tenia apoyado el codo, se hallaba en una de esas situaciones tan comunes en los enamorados, y que tienen algo de sonambulismo.

Miraba sin ver; sentia á un tiempo honda tristeza y goce indefinible, y estaba tan léjos del mundo, que pareció no haber oido la voz de D. Márcos, ni advertido la presencia de éste y el doctor en su cuarto.

El señor Olavarria se acercó á él y le tocó en el hombro.

Mauricio se estremeció como una persona á quien se despierta bruscamente.

—Ah! es usted—dijo—buenos dias D. Márcos.

—Sí, yo soy, con el amigo D. Fernando que vá á reconcerte.

Mauricio tendió la mano al médico, que éste estrechó afectuosamente, mirando con fijeza al jóven.

—¿Qué tienes, muchacho?—le preguntó al fin.

—Verdaderamente nada—contestó Mauricio, sonriendo de la manera amarga que le era peculiar desde su encuentro con Luisa y su familia en la Academia.

—Es su contestacion sempiterna—interrumpió D. Márcos.

—Veamos el pulso.

El pobre Mauricio tuvo que ponerse en la cama, y fué reconocido por el doctor, que le aplicó el oido al pecho y al pulmon, le tocó en diferentes partes de su cuerpo, y concluyó diciendo magistralmente:

—Es un principio de anemia. Que tome mucha carne, buen vino, haga ejercicio y se distraiga. Voy á recetarle unas píldoras.

—Pero le abrirán el apetito, doctor?—preguntó D. Márcos. Porque aquí no falta ni la buena carne, ni el tinto catalán, ni el de Tudela; lo que necesita este muchacho es no ser remilgado y comer como la gente.

—Que tome un poco de amargo antes de comer. Volveré á verle dentro de algunos dias.

Declarado anémico, Mauricio tuvo que sujetarse á las prescripciones del doctor; pero como era natural, la enfermedad no cedia, y D. Márcos se daba á todos los diablos, renegando de los médicos y de su ciencia.

D. Fernando se disculpaba con el abatimiento de Mauricio y su resistencia á tomar las medicinas y á comer como Dios manda.

D. Márcos, hecho un padre amoroso, le servia á Mauricio en la mesa lo mejor, y habia encargado á sus amigos le buscaran una cocinera de primera fuerza.

Nada era bastante. La enfermedad de que adolecia se agravaba cada vez mas, y el jóven se consumia lentamente.

Tal vez le habria curado una sonrisa de Luisa; pero para él Luisa habia muerto. El ángel cuyo recuerdo acariciaba habia

volado al cielo; en su lugar habia quedado una polluela impertinente y orgullosa, y el alma de Mauricio no estaba hecha para conformarse con lo poco que podia dar de sí una chica insustancial, que no era capaz de comprender siquiera el amor que abrigaba el pintor dentro del pecho.

XLIII.

Confidencia.

La exposicion y las vacaciones habian concluido.

Mauricio, triste y desanimado, emprendia diariamente el camino de la Academia.

Casi nunca dejaba de encontrar á don Jorge y á su hija. No los veía, los sentía, y algo como un toque eléctrico que hacia saltar su corazon, le obligaba á levantar la vista y á corresponder tímidamente al saludo que le dirigian de una manera invariable el padre y la hija.

Despues de que pasaba aquel momento que era como un relámpago que iluminaba diariamente su vida por un segundo, como para hacerle sentir con mas fuerza la oscuridad del abismo en que se habia despeñado, nuestro héroe volvía á bajar los ojos y continuaba, suspirando, su camino.

Una vez en la sala de estudio, preparaba maquinalmente sus